libertinaje. Una vez recibido el impulso había de adelantarse mucho por este camino; refiere Eusebio que transcurridos pocos años los más famosos santuarios del paganismo en Oriente, donde eran muy numerosos los cristianos, quedaban en ruinas ó despojados de sus tesoros, que el Apolo délfico y el de Esminta, lo mismo que el venerado trípode, se veían como adornos de un hipódromo, y que las musas del Helicon decoraban el palacio imperial.

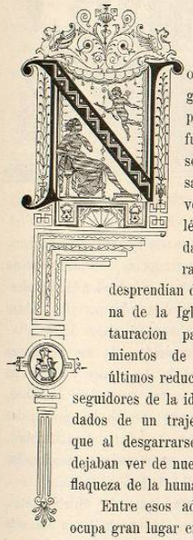
El efecto producido por estas disposiciones y ántes por el edicto de Milan, más que amnistía rehabilitacion civil de la mitad de los súbditos romanos, fué indescriptible y prolongado grito de alborozo que se elevó de todos los puntos del imperio. Despues de doscientos cuarenta y nueve años de escarnio, de odio, de vejaciones y suplicios; despues de haber dado á los verdugos, á las fieras, al fuego, á las aguas del mar y de los rios más de seis millones de víctimas [1], de aquel dia en adelante no más mártires, no más calumnias, no más persecuciones y atropellos de cuantos de cerca ó de léjos aspiraban á estar bien con el poder. Los católicos del siglo XIX pueden formarse remota idea de lo que hubieron de experimentar sus antecesores los cristianos del siglo IV. ¡Oh prodigio! Hablar los Augustos del cristianismo y no abominarle ni maldecirle, no calificarle de impío y rebelde! ¡En vez de befa respeto, en lugar de vejaciones proteccion decidida! Los cristianos no volvían de su asombro, y en todas partes y con transportes de alegría se reunían para celebrar las maravillas de la proteccion divina. Impasible el cristianismo ante la muerte y la tortura, habia logrado triunfar de toda la fuerza de los hombres; en aquella lucha entre dos adversarios en que el uno daba la muerte sin peligro de recibirla, y en que el otro la recibía sin pensar siquiera en darla, el que moría habia al fin vencido al que mataba. La cuchilla se había embotado contra pechos que sin resistencia se ofrecían á su filo! Hecho único ha sido en la historia, y de aquella abnegacion universal, de aquel heróico y pasivo esfuerzo, y sobre todo de aquella victoria alcanzada puramente á fuerza de morir sin haber apelado jamas á la fuerza material, no ha visto el mundo otro ejemplo.

Parecía, dice Eusebio, tanto era el contento, que para el universo entero había llegado el dia de suspirada fiesta, y el cristianismo, al aparecer de pronto á la claridad del sol, sorprendía á los paganos con la hasta entónces ignorada muchedumbre de sus fieles. Al rededor de los cautivos salidos de las cárceles, de los confesores que desde las minas volvían á su patria, inmenso gentío acudía para besar sus grillos, tocar sus gloriosas cicatrices y entonar á su paso cánticos de victoria. El sacrificio cristiano, que había debido hasta aquel dia permanecer en indigente oscuridad, rodeábase del esplendor que su santidad requiere y que la fé apetece. De las ruinas de las humildes capillas destruidas por la persecucion salian á poco vastas y magníficas iglesias; por todas partes veíanse dedicaciones de templos y asambleas de obispos, y de la alborozada multitud de todas edades, condiciones y sexos salía incesante é intensa expresion de fé, de caridad y agradecimiento.

[1] Sólo en las catacumbas ó cementerio de San Calixto de Roma fueron enterradas ciento setenta y cuatro mil.

CAPÍTULO IV.

Conatos de restauracion pagana. — Escuela de Alejandría. — Neo-platonismo. — Cábala y simbolismo. — Sectas gnósticas. — Los *eons*.— El *Demiurgo*.—Moral de los gnósticos.—Manés ó Maniqueo.—Su doctrina.



No sin resistencia veía el paganismo transformacion tan profunda; sabemos los esfuerzos que empleó la filosofía para comunicarle nueva savia, y no dándose aún por vencida persistía en su maléfica obra en la que la ayudaban las herejías que, cual ramas secas y muertas, se desprendían del tronco vivo de la doctrina de la Iglesia. Conatos eran de restauracion pagana, inútiles estremecimientos de una civilizacion caduca, últimos reductos en que se defendian los seguidores de la idolatría, harapos mal remendados de un traje raido hasta la urdimbre que al desgarrarse otra vez y muy pronto, dejaban ver de nuevo en toda su desnudez la flaqueza de la humanidad caida.

Entre esos adversarios del cristianismo ocupa gran lugar en la época en que de nuestro relato estamos el neo-platonismo de Alejandría, postrer destello del helenismo y de la filosofía, último sosten y y última apología del paganismo espirante.

La rica y turbulenta Alejandría, la ciudad medianera entre Grecia y el Oriente, entre Europa y Ásia, entre Roma y las Indias, entre Judíos y gentiles, entre el cristianismo y la idolatría; Alejandría, que había traducido la *Biblia* para los Griegos y enseñado las doctrinas de Platon á los Judíos, la ciudad que introdujera en Egipto las deidades de Homero y dado á Italia los dioses de Egipto, vió nacer á fines del tercer siglo y florecer á principios del cuarto una nueva secta filosófica, íntimamente unida al politeismo y heredera de las antiguas filosofías de Atenas y Estagira. Objeto de esta secta que se daba á sí propia el nombre de neo-platonismo, era reanimar la religion pagana inventando singulares teorías, y al propio tiempo que se mostraba acérrima adversaria de la idea cristiana, procurar reducir á una sola aquélla y ésta por medio de ingeniosas combinaciones y adulteraciones, que no es de hoy, ni mucho ménos, el pueril cuando no criminal deseo de conciliar lo inconciliable y de hermanar lo que es de suyo esencialmente distinto; era, en una palabra, un sistema destinado á reunir en un vasto eclecticismo cuantas doctrinas de espiritualismo y de moral se habían producido.

Como conciliaba á Platon con Aristóteles habría querido esa escuela más que todo conciliar un vestigio cualquiera de paganismo con la luz intelectual por el cristianismo encendida en todas las almas. Salvar al paganismo reformándole; no romper con la tradicion hereditaria desechando, empero, lo que había en ella de pueril y degradante; ser razonable y religioso y sin embargo no ser cristiano, este había sido en distintas épocas y con circunstancias varias el propósito de Plutarco, de Séneca y otros, y este era entónces el del pitagórico Plotin.

Así, en efecto, se llamaba uno de sus más famosos fundadores, mirado por sus discípulos como una especie de Apolonio de Tiana, y por ellos colocado fuera de este mundo, en los confines de otro superior. Su doctrina, explicada por su discípulo Porfiro, va principalmente encaminada á dar á la moral el apoyo dogmático que es de la misma indispensable base, y se propone acercar el hombre á Dios y purificarle con el contacto de la Divi-

nidad. Segun ella un triple principio preside á todo y á todo ha sido anterior; va á la cabeza el principio llamado por Plotin el Primero, el Uno, el Bueno, de tal modo primordial y de tal manera uno y tan repugnante á toda especie de diversidad, de accion y hasta de pensamiento, que en rigor ni siquiera *es;* más que un sér es la causa de todos los séres. De él deriva el segundo principio, el pensamiento, el mundo inteligible, divino, inmortal, y de éste á su vez emana Psíquis ó el alma, verbo de la inteligencia, alma que contiene en sí todas las almas, como en la inteligencia suprema se encierran todas las inteligencias.

La teoría de Plotin, como la doctrina de los gnósticos, no admite la existencia del mundo visible sino como una desviacion ó, si así puede decirse, como un yerro del Sér infinito. Psíquis, el alma, engendró á Fisis, la naturaleza, que es á su vez un alma concebida en el seno del alma universal; y luego Fisis, deseosa de apartarse y emanciparse de Psíquis, produjo el Tiempo, el Lugar, el Espacio y la Multitud, degradaciones del Sér Supremo, que es, por el contrario, eterno, universal, indefinido y uno. Finalmente, de Psíquis, desfallecida y postrada por sus luchas, nació la Materia, en la que nada queda ya de la esencia divina, la materia que no tiene luz, ni vida, ni forma, ni calidad, la material que es el mal primordial, y las tinieblas absolutas.

Ascender á Dios, sumo bien, y apartarse de la materia, sumo mal; acercarse con el alma á la inteligencia divina por medio de la cual se identifica con la Unidad suprema, y desprenderla en lo posible del *Zoon*

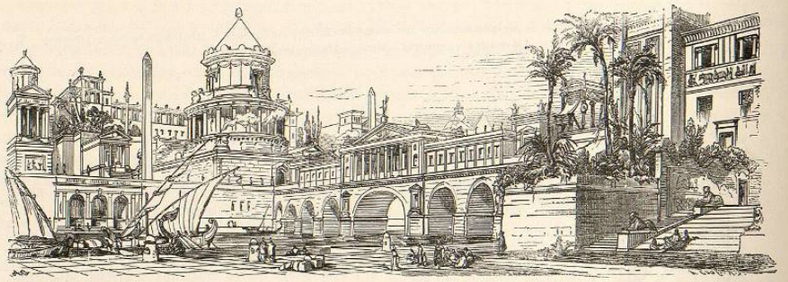


FIG. 737.—Alejandría.

ó parte sensitiva del hombre, intermediaria entre el alma y el cuerpo, que la inclina hacia éste; subir de lo vario á lo que es uno, del tiempo á la eternidad, del mundo finito á lo Infinito, esta había de ser la tarea del hombre sabio. Así como existe una belleza corporal vana y mentida, existe otra celeste, de la que es muestra el mundo visible, mera imágen del mundo inteligible. En contraposicion á la Vénus terrena y al amor ilusorio y grosero, por el cual el alma, olvidada de su orígen, se entrega á lo que al cuerpo satisface, hay una Vénus celestial, un amor más adecuado á nuestra espiritual naturaleza, y mediante él el alma asciende al cielo, se une con Dios y alcanza en sí misma la verdadera y eternal belleza.

Esto, á grandes rasgos explicado, formaba el sistema que los discípulos de Plotin y Porfiro fueron sucesivamente desenvolviendo; en la série de emanaciones que desde la tríada suprema, donde esencialmente residía, había tenido la vida hasta que llegó á animar la materia aún informe de la cual se formó el universo; en la série de séres intermediarios, engendrándose uno á otro, llamados *almas individuales*, para distinguirlos del Alma general y suprema; en esa cadena, cuyo extremo superior eran los cuerpos celestes, los astros gloriosos y brillantes, cuyo centro era el alma humana formando la materia el último eslabon, en esa larga escala, decimos, fueron colocándose todas las teogonías, del mismo modo que, como superiores al hombre ó inferiores á él, más desprendidas de la materia ó más absorbidos por ella, cabian perfectamente los demonios buenos y malos de los pitagóricos. Las divinidades superiores de las religiones todas se convertían, por medio de sutiles y alegóricas interpretaciones, en otros tantos símbolos de Dios, considerado ora en su esencia, ora en sus principales atributos. «Como autor de cuanto existe, dice Jámblico, se le llama Ammon; como conservador y perfeccionador Fthas; como orígen de lo útil y lo bueno, Osíris.»

Júpiter, Minerva, Apolo, Astarté, Mitrha, etc., todo el Olimpo de Occidente y Oriente hallaban de esta manera un lugar entre los símbolos del Dios único, á título de esencia ó atributos. En cuanto á las divinidades secundarias, fuesen las que fuesen, teníanlo preparado en las filas de los demonios, pueblo innumerable que, abrazando todas las fuerzas físicas y morales de la creacion, no tenía otros límites que los de la humana fantasía.

A este puente de comunicacion entre la filosofía neoplatónica y el politeismo, agregóse otro que lo puso en relacion con la magia y con las ciencias ocultas, entónces muy en privanza. Por medio de la lógica peripatética y

de la dialéctica de Platon, por efecto del combinado esfuerzo de las *Categorías* é *Ideas* del mismo filósofo, los discípulos de Plotin se elevaban á las más encumbradas regiones de la metafísica; pero llegados allá encontraban un punto á que el pensamiento con todas sus fuerzas no podía alcanzar, un velo que la razon no acertaba á descorrer. Al primer principio de la Tríada, á la Unidad pura, á lo Absoluto, ¿cómo podía llegar el humano conocimiento? El sér creado, contingente y movible no puede entrar en relaciones con la inmutabilidad pura, y esto hacía que el sistema neo-platónico recurriese para ello á una facultad superior al hombre, que le transfigura y absorbe: al éxtasis, que hace desaparecer al sér individual y le abisma en la contemplacion del sér infinito del que saliera y al cual ha de volver.

La teoría del éxtasis llegó á ser, por decirlo así, lo culminante en la doctrina neo-platónica; el éxtasis era el límite postrero de todos los conocimientos, la corona de la virtud en su último grado. En vez de ser patrimonio del vulgo, el éxtasis, anticipacion de la inmortalidad divina, sólo se alcanza por el fino amor de la verdad, por la constante práctica del bien, por la mortificacion de los sentidos y el desasimiento de las pasiones. Austeras prácticas renovadas de Pitágoras é imitaciones de los ejemplos cristianos, habian revelado á Plotin la existencia de ese sobrenatural estado, que había de ser para los neo-platónicos puerta por donde entrasen en las más groseras prácticas de la supersticion y tratasen de rehabilitar todos los prestigios de la idolatría popular. Las evocaciones, las palabras mágicas, los sacrificios sangrientos fueron otros tantos medios de producir el éxtasis, é inventóse y formulóse toda una teurgia para llamar á Dios á la tierra.

Desde aquel momento la credulidad, elevada al estado de ciencia, contó entre sus discípulos á los mejores adeptos de la escuela. Con pretexto de probar ó describir los efectos del éxtasis no hubo sofista que no contase de sí ó de sus maestros portentosas maravillas. Las predicciones, las evocaciones de espíritus, las obras milagrosas se consideraron como ordinaria señal de la vocacion filosófica, y los cuadros que en los primeros años del siglo v traza el historiador Eunapio de los sabios paganos por él conocidos, parecen ser otros tantos cuentos de brujos. Dice que al mandato de Jámblico salían de las claras fuentes los genios y amores á que estaban consagradas; cuenta que Sosipatria, mujer de Eustatio, educada en su infancia por genios, fué tan conocedora de lo porvenir que al casarse pudo predecir con exactitud el número, las virtudes y cualidades de sus futuros hijos, lo mismo que la duracion de la vida de su marido, y con tales fábulas, sello de la estrecha alianza celebrada entre la filosofía alejandrina y las supersticiones paganas, tratábase de difundir entre el pueblo la fama de los filósofos.

Todo cabía, pues, en el eclecticismo alejandrino; Zoroastro, Pitágoras, Platon, y Plutarco llevaron á él su contingente de utopias y errores más ó ménos modificados; para que nada faltase, los Judíos, en odio al cristianismo, lo habian adicionado con su cábala, por aquellos tiempos inventada, y de este consorcio entre el panteismo pagano y la cábala hebrea nació todo el complicado simbolismo que adoptaron y emplearon tambien Gnósticos y Maniqueos, extendiéndose luego hasta los siglos medios á Alquimistas, Astrólogos y Franc-Masones.

Si el propósito de esta escuela, como de otras filosóficas que en capítulos anteriores hemos mencionado, fué transformar en panteismo el paganismo idolátrico, herejías hubo en la Iglesia con tendencia manifiesta á una restauracion pagana, como que tomaron sus doctrinas de los filósofos griegos, ó por mejor decir, de los iluminados del Ásia.

¿Cómo de Dios, espíritu puro, pudo proceder el mundo material? ¿Cómo puede el mal coexistir con Dios, bien infinito?

El cristianismo y ántes que él el judaismo contestaban á tales preguntas con dos nociones que en el dia han llegado á ser casi vulgares y que sin gran esfuerzo se adaptan á todas las inteligencias. Respóndese á la primera con la idea de la creacion, por la cual el Criador dió el sér á aquello que no era en él ni tampoco fuera de él, sino á lo que no existía; por la cual no engendró, lo cual supondría similitud de sustancia, no dió forma, lo que supondría una materia preexistente, sino que llamó al sér y á la vida lo que carecía del uno y de la otra, creando inteligencia, materia y universo. Con la idea del libre albedrío queda resuelto el segundo problema: con ella, el sér inteligente criado por Dios, pero criado libre, es decir, susceptible de bien y de mal, pudo producir el mal que no estaba en él, ni en Dios, ni en la materia, ni en el mundo.

Estas soluciones no eran patrimonio del paganismo: la idea del libre albedrío estaba para él profundamente oscurecida; la de la creacion teníala por completo perdida. De ahí que se mostrase ora dualista, suponiendo, como la generalidad de los filósofos, la eternidad de la materia, ora panteista, reconociendo su divinidad á ejemplo de los primeros mitólogos; que tuviera un dios supremo, pero sin saber distinguirlo y separarlo de un modo preciso y exacto del mundo de la materia, del mal, de las inteligencias intermedias, ni del hombre. El paganismo nada se proponía explicar y nada explicaba: imponía ritos; pero no enseñaba dogmas.

Pero llegada que fué la agitacion de los tiempos filosóficos y más todavía cuando brilló el sol de los tiempos cristianos, dejó de ser posible para las inteligencias continuar en aquel vago y tenebroso estado; y ménos lo fué todavía para aquellos hombres que, habiendo sido por un instante discípulos de la nueva fé y habiendo pasado por la Iglesia, volvían á sumergirse en el abismo

pagano. Refractarios á la verdad de la creacion, enemigos de los Judíos, quisieron formar para sí una doctrina que estuviese en todo en contradiccion con la Biblia; y explicar la existencia del mundo y del mal sin admitir la idea de la creacion, áun cuando para ello hubiesen de recurrir á monstruosas hipótesis que apénas caben en inteligencia humana, tal fué la obra singular de las escuelas gnósticas que tan gran parte tuvieron en el movimiento religioso de los primeros siglos de nuestra era.

A un extremo de la inmensidad, decían, encuéntranse el caos, la materia informe, ó mejor dicho, el vacío; en el opuesto hállase el primer Sér, el Inaccesible, el Insondable, el Abismo *(Bythos)*. Ahora bien, ¿qué relacion puede existir entre la plenitud y el vacío, entre el sér y la nada, entre el espíritu y la materia, entre lo infinito y lo finito, entre el bien y el mal? En apariencia ninguna, pero pues el mundo existe, por necesidad la hubo entre la materia inerte y la voluntad omnipotente, entre el vacío que deja de serlo y la plenitud que lo llena. Cuando ménos por intermediarios el contacto ha debido existir.

¿Cuáles eran esos séres intermedios? El primer sér, seguían diciendo las teorías gnósticas, pudo engendrar y producir á otros séres. El Abismo tiene por hija y compañera á su Razon *(Ennoia)*, con la cual crea á otra pareja de séres divinos, á dos *eons*, á él inferiores. Estos engendran á una nueva pareja, ésta á una tercera, y así sucesivamente tantas veces como se quiera. Para unos será la *tetrada* (cuatro), para otros la *heptada* (siete), la *ogdoada* (ocho), la *dodecada* (doce) y juntas formarán con el divino *Bythos* el *Pleromo* ó plenitud del mundo superior. De esta manera, por medio de esas generaciones que son á la vez degradaciones sucesivas, el supremo Abismo será el primer eslabon de una cadena de la cual podrá el hombre ser el último.

Pero como no puede darse que el padre engendre á un hijo de naturaleza distinta de la suya, como esas parejas emanadas de Bythos habían de ser todas y cada una divinas como él, inmateriales y perfectas como él, y como él sin afinidad posible con la materia, con lo imperfecto, con el vacío; como por lo mismo esas generaciones sucesivas no hacían dar á Dios un paso hacia el mundo, al pensamiento hacia la materia, ni á la inteligencia humana hacia la luz suspirada, recurrióse, para no admitir con la Biblia la caida del hombre, á la caida de un dios, por antifilosófico é imposible que esto fuese. Uno de aquellos séres divinos se desvió de su camino, abdicó de su naturaleza para abordar en las playas de la nada y del caos, y ya que se considerase muy duro suponer tal renuncio en los grados más elevados del divino Pleromo, atribuyóse á uno de los postreros. En este terreno colocadas las imaginaciones gnósticas idearon á su placer la leyenda de la desviacion: decían unos que en aquella cadena de los *eons*, en la que cada eslabon conoce al que le precede y al que le sigue, pero no á otro alguno, hubo en el último un *eon* que, poseido de soberbia, quiso ascender á los grados superiores, atravesar los espacios tenebrosos que le separaban del primer sér y llegar hasta el divino y supremo Abismo; lanzado del Pleromo en justo castigo, fué á habitar en el vacío y lo fecundó. Para otros fué un *eon* femenino, mal llamado *Sofía* ó la sabiduría, quien en un éxtasis de orgullo dió á luz, sin su esposo, á una estirpe ilegítima de la que fué ella víctima ó cautiva. Finalmente, segun otra hipótesis, dos *eons* masculinos, enamorados de una misma beldad, tuvieron de ella una posteridad imperfecta é inferior.

Una vez admitida la desviacion, todo se explica y enlaza: en ella tiene orígen el *Demiurgo* (el autor del mundo), uno ó múltiple, de este ó el otro nombre, deidad ilegítima que no habría debido nacer, pero que, habiendo nacido, existe fuera del divino Pleromo. El Demiurgo, acercándose al vacío, ha producido el mundo, ilegítimo, vicioso, imperfecto como él. Pero el mal por él causado no es absolutamente irremediable: segun el mayor número de sectas gnósticas, el postrer *eon*, Sofía, madre del Demiurgo, movida á piedad, llegó hasta este mundo ilegítimo y puso en él un destello del Espíritu divino. De esta manera el mundo y el hombre que en su recinto mora se hallaron en posesion del triple elemento cuya distincion era materia predilecta de toda clase de filosofía en aquel siglo: del caos de donde salió tuvo el hombre el principio material ó sea su cuerpo; del Demiurgo que dió forma al caos, el principio animal ó sea su ánima; de la compasiva y magnánima Sofía, el principio espiritual ó sea su espíritu.

En su odio al judaismo, profesaban los gnósticos que el Demiurgo, el dios bastardo, era el dios de los Hebreos; él fué quien, violando las leyes del Pleromo, hizo el mundo; él quien lo gobierna contra la voluntad del Pleromo. Para los gnósticos Moises no pasaba de ser el enviado falaz de un dios inferior; su ley, viciosos mandatos; sus profetas, impostores; sus santos, hombres de maldicion; sus hombres de maldicion, héroes; sus prácticas, supersticiones; su moral, una tiranía. Sectas había que justificaban la desobediencia de Adan y enaltecían el crímen de Caín.

Pero el Pleromo se apiadó del humano linaje: un *eon*, por nombre *Christos*, se acercó á la tierra, y aunque no tomó la naturaleza carnal del hombre, por no ser posible contacto alguno entre él y esa carne procedente del caos, revistióse con su apariencia. Segun unos pasó por el seno de María sin recibir de ella cosa alguna; decían otros que en los tres años que transcurrieron entre el bautismo en el Jordan y el suplicio en el Calvario, asocióse al hombre Jesus, conservando la distincion de su sér y dejando á Jesus morir sin él, como sin él había nacido. En su corta permanencia en la tierra, llamó á sí á cuantos quisieron seguirle, libertóles de la

tiranía del Demiurgo y de la ley mosaica; dióles, no su alma ni su carne, pues no las tenía, pero sí su espíritu; descubrióles ó, por decir mejor, les devolvió el destello espiritual que ántes trajera al mundo Sofía y que fuera sofocado por las potestades inferiores, y asegurólos para lo futuro, no la resurreccion de sus cuerpos, pues toda materia ha de ser aniquilada, tampoco la ventura de sus almas, pues tambien su alma procede de un principio imperfecto, sino la admision ó absorcion en el Pleromo de su espíritu, de la divina chispa que recibieron del *eon* salvador, chispa que, libre al fin, ascenderá otra vez á su supremo orígen.

Con semejante teología, muy conforme á los hábitos intelectuales del paganismo, coincidía una moral, que al declarse en oposicion con todos los deberes, reproducía toda la depravacion pagana. Si la creacion fué un mal pensamiento de un *eon* caido; si el mundo, la materia y la carne son radicalmente malos y están irrevocablemente condenados, preciso es condenar tambien cuanto de ellos deriva, y por lo mismo, sociedad, leyes, magistrados, propiedad, familia, son instituciones detestables. El matrimonio, que debilita el sér espiritual en cuanto lo divide, que al multiplicar los séres carnales fomenta el imperio de la carne, debe de ser reprobado. Si el gobierno del mundo no es más que usurpacion y tiranía, toda clase de ley moral, escrita ó no escrita, es mala de suyo; falsas son las nociones de vicio y virtud, pues ni ésta puede salvar á los hombres ni perderlos aquél, y las acciones humanas no pueden ser más que indiferentes.

Hecho es acreditado por la historia de la humanidad que de cuantas sectas han erigido en principio la reprobacion absoluta de la naturaleza corporal, ha sido la corrupcion castigo de su soberbia. No se libraron los gnósticos de esta constante ley, y lo que sucedía en sus misteriosas asambleas causaba sorpresa y horror hasta á los iniciados. Dice Eusebio en su historia que es imposible describir ni siquiera hablar de tales escenas. En ellas el paganismo renacía por completo y la idolatría se mostraba sin velo.

Simon Mago fué el iniciador de estas absurdas quimeras; Menandro, Saturnino, Basílides y sobre todos el egipcio Valentin las modificaron y ampliaron, aumentando ó disminuyendo la larga série de los *eons* y llevándolas ora hacia el dualismo de Persia, ora hacia el panteísmo de Egipto. Sectarios hubo que divinizaron el alfabeto griego, viendo un *eon* en cada letra ó en cada nombre, y á imitacion de los pitagóricos y de los cabalistas hallaban esplendentes luces y revelaciones no en cada idea ni en cada palabra, sino en cada letra.

De las sectas gnósticas á los errores maniqueos que en aquella edad y áun varios siglos despues fueron la colosal y permanente ilusion de las almas depravadas, no hay más que un paso.

A mediados del siglo II cierto Scytiano, de raza sarracena, presentóse en el Egipto superior, y al tiempo que adquiría gran caudal en el comercio con la India, aprendió los llamados secretos de los santuarios egipcios, recibió lecciones de los filósofos griegos, estudió las teorías gnósticas y escribió algunos libros en defensa del sistema de los dos principios superiores y encontrados, dando al uno el nombre de Armonía y al otro de Discordia. Fué á Jerusalen, segun unos para oir á los doctores cristianos, que no lograron reducirle, ó bien, segun otros, para estirpar con su sobrenatural potestad una peste que le ocasionó la muerte.

Su discípulo Terebinto, heredero de sus caudales y sus libros, al verse rechazado en Jerusalen donde la doctrina de su maestro fuera muy mal recibida, se dirigió á Persia y allí los adoradores del sol no le hicieron mejor acogida, á pesar de haber tomado el nombre de Buda. Amenazado con la cárcel, dióle asilo una viuda compasiva, y en su casa moraba cuando habiendo subido á lo alto para invocar á los demonios del aire, cayó y quedó muerto.

Los libros y tesoros pasaron á la viuda, y ésta, no teniendo hijos ni parientes, los legó á un esclavo persa, por nombre Cubrico, que de siete años comprara, y al cual, despues de emanciparle y adoptarle, hacía instruir en la religion de los Magos. Al verse á los doce años poseedor de tanta riqueza, iniciado en tantos misterios, dotado de inteligencia precoz y de imaginacion ardiente, el orgullo le dominó; quiso ser profeta y empezó por trocar su nombre servil de Cubrico en Maní (en lengua babilónica vaso de eleccion; en lengua pérsica verbo divino). Los Griegos llamáronle años despues Manes (insensato), y sus discípulos le apellidaban Maniqueo (distribuidor del maná).

En un principio no llegaron á veinte sus discípulos; pero ardiente en propagar y completar su doctrina, marchó á Ctesifon, antigua capital del imperio pérsico; tradujo allí al idioma pérsico los escritos de Scytiano, y al tiempo que enviaba sus allegados á diferentes puntos, comprometióse, fiado en su ciencia ó en sobrenatural poder, á devolver la salud al hijo del rey, aquejado de grave dolencia. A una órden suya se retiraron los médicos que rodeaban el lecho del enfermo; pero Manes no acertó con el remedio y el príncipe murió de su enfermedad.

Enojado el rey dispuso que fuese Manes encarcelado, pero despues de larga prision pudo al fin evadirse y recobrar la libertad. Era su natural refugio la frontera romana, y el castillo de Arabion, situado en las márgenes del rio Struga, en medio del desierto que separa la Mesopotamia de la Persia, fué su morada. Allí empezaron á reunírsele algunos prosélitos.

Pero áun así, los progresos de su doctrina eran muy lentos; para apresurarlos viósele partir á Jerusalen, y de su recinto expulsado por la muchedumbre, como lo fueron sus antecesores, llevó al parecer oscura é ignorada exis-

tencia hasta que de nuevo cayó en poder de los satélites del rey de Persia. Éste, que ardía en deseos de vengar la muerte de su hijo y la impostura de que fuera víctima, mandóle desollar con una caña aguzada, y su pellejo relleno de paja veíase colgado en un sitio público despues de transcurrir un siglo.

Esto cuentan los doctores de la Iglesia, pero en algunas narraciones orientales hállanse otras circunstancias conciliables en parte con lo anterior. Mani (así le llaman), de ilustre estirpe é hijo de magos, fué educado con gran esmero saliendo consumado astrónomo, médico, geógrafo, músico y pintor. Llegado á la corte del rey Schapur (Sapor), alcanzó al principio gran favor, hasta que los Magos, poderosos como nunca desde la revolucion que, destruyendo el imperio pártico, devolvió á Persia su existencia nacional, mudaron la voluntad del monarca. Al verse amenazado en su vida huyó Mani al Turkestan, donde adquirió gran fama como sabio; mas de pronto se encerró en una cueva diciendo á sus discípulos que se iba al cielo y que volvería despues de un año, y en efecto, transcurrido este tiempo presentóse llevando el libro de su doctrina, adornado con magníficas pinturas.

Muerto Schapur (año 271), su hijo Hormuz (Hormisdas) recibió el libro con gran benevolencia, y á fin de proteger á su autor contra sus enemigos dióle por morada una fortaleza para él expresamente construida. Pero Hormuz reinó apénas dos años, y su hijo Berham (Vararanes), apartándose de los consejos paternales, tomó en aversion á Mani, le llamó fuera del castillo con pretexto de una conferencia con los magos, y le dió muerte.

¿Qué contenía el libro de Manes, resúmen, á lo que se cree, de las obras de su Scytiano? Una doctrina tomada de muy distintas fuentes: de los cristianos, de los magos pérsicos, de los sacerdotes de la India, y sobre todo de las sectas gnósticas, cuya idea dominante, ó sea el dualismo, hízose en ella aún más absoluta.

En efecto, Manes, más atrevido y lógico, no sólo conserva el dualismo á que recurren casi todos los que niegan la creacion, sino que lo establece primordial y eterno. Desechando aquella noche primitiva en que, segun la Gnosis, se perdían los orígenes del mundo, sienta que lo que existe ha existido siempre; que entre Dios y Satanas, el espíritu y la materia, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, es y ha sido la oposicion permanente, primordial, final y fundamental, que la misma ha precedido á todo y que no acabará nunca. El dualismo así explicado era cosa nueva, y ni el de Zoroastro había llegado á tanto, ya que en él la balanza se inclinaba visiblemente al lado de Hormuz, y no era Ahriman más que un rebelde destinado á ser tarde ó temprano vencido.

Tal oposicion, segun la teogonía de Manes, había presentado aspectos diferentes: por mucho tiempo estuvo el principio malo ignorante de la existencia del bueno, y él y sus *eons* vivían en el mundo de las tinieblas, no en paz, porque la paz no puede existir entre ellos, ántes bien en constante é intestina guerra. En uno de sus frecuentes combates fueron arrollados los vencidos hasta los confines del mundo que les era peculiar, y desde allí, desde la cumbre de los altos montes que lo separan del mundo de la luz, ofrecióse éste por primera vez á su vista. Admirados por tanta belleza llamaron á sus vencedores para que con ellos la contemplasen, y entónces los dos bandos enemigos se unieron para marchar á la conquista de aquellas maravillosas regiones.

Este fué el comienzo de la gran guerra, de la eterna guerra entre el bien y el mal, guerra que, como sucede en las luchas terrestres, producirá entre los mundos combatientes una especie de mezcla y confusion, siendo causa y orígen de un mundo, de unas regiones y de unos séres intermedios. Los diversos incidentes de la lucha suscitarán á la existencia nuevos séres que á su vez engendrarán á otros á ejemplo de los *eons* del gnoticismo, y de esta manera el Principio del bien empezó por producir por su exclusiva virtud á la *madre de la luz*, y ésta al *primer hombre*. El primer hombre convirtióse en caudillo de las legiones luminosas, y vencido que fué, gran número de almas, ó segun la expresion maniquea, muchas partículas de la luz animada, reducidas á cautiverio, fueron devoradas por los príncipes de las tinieblas: primera introduccion de elementos luminosos en las regiones de la noche. Entónces el Principio del Bien, ó sea Dios, á quien en su aprieto invoca el primer hombre, engendra, para que socorra á éste, al *espíritu vivo*, el cual, nacido de Dios, es enteramente semejante á él. Por su esfuerzo la causa santa cobra nuevos bríos y muchas almas tenebrosas quedan por él conquistadas; pero como eran estas almas femeninas y habían concebido ántes de su cautiverio, sus hijos habían de serlo de tinieblas, y hé aquí introducido en el mundo de la luz el linaje de las fieras rapaces y de las serpientes.

Tócale ahora á Satan tener numerosa descendencia, y engendra al linaje humano. El *eon* con quien se unió dió á luz Adan y Eva, séres mestizos, pues ya hemos dicho que gran número de almas cautivas llevaron á la region tenebrosa algunas partículas del mundo de la luz. Adan y Eva tenían cada uno dos almas, apasionada la una y dominante en la persona de Eva, y razonable la otra y superior en la persona de Adan. Pero de la razon triunfa la pasion; Adan es seducido por Eva, y los hombres se multiplican y crecen bajo el influjo del príncipe de las tinieblas.

Compadecido de ellos el Principio divino quiere volverlos á la luz, y para ello darles especial morada. El *espíritu vivo* construye por órden suya el mundo en que habitamos; pero como hubo de valerse de elementos no todos puros, pues ya el mal en grandes proporciones se había mezclado con el bien, de ahí que en la tierra sea el mal lo que domine. Menor es su fuerza en los planetas, y la luna y el sol fueron los únicos compuestos de elementos enteramente puros. Esa escala ascendente de pureza es la que han de seguir las almas destinadas á volver á la region de luz.

Para continuar la lucha contra el mal y salvar al linaje humano de su perdicion, el Príncipe del bien hizo aún más; produjo dos potestades mayores que cuantas las precedieron, y fueron *Cristo* la una y la otra el *Espíritu santo*. Aquél habita en el sol como el dios Mithra de la teología pérsica; éste, difundido en el éter, rodea al mundo, ilumina y vivifica á las almas, aviva el principio luminoso oculto en el fondo de su sér y suscita en ellas el ardor que ha de hacerlas dignas del mundo de la luz.

Así es como el bien y el mal se disputan las almas; el uno envía á la tierra ángeles y varones inspirados, y el otro falsos profetas, entre los que cuenta Manes, á ejemplo de los gnósticos, á Moises y á los profetas hebreos. La iniquidad y el dolor, plagas que el último produce, revisten aquí todas las formas, peste, hambre, sed y enfermedades; otro de sus funestos dones es el vino, que es la hiel de Satan vertida sobre el mundo. Para domeñar el infernal encono, plugo á Dios dar á la tierra suprema prueba de munificencia: el Cristo descendió de las luminosas alturas en que mora para tomar, no naturaleza humana, pero sí la apariencia de tal, ya que la carne es por esencia impura; nace, vive, padece, muere, es sepultado y resucita, siempre en apariencia; lucha con el imperio de las tinieblas combatiendo á paganos y Judíos, y para colmo de beneficios promete que en pos de él vendrá el Paráclito al objeto de introducir definitivamente á los hombres en el reino de la verdad. El Paráclito, por tanto tiempo esperado, había llegado al fin y era Manes.

¿Qué suerte aguarda, pues, á las almas humanas, objeto de esta solicitud divina? Hasta las más fieles y puras han de desligarse de alguna escoria de su naturaleza primitiva, y por esto vemos que una rueda inmensa formada por los doce elementos ó los doce signos del Zodiaco, las levanta, llévalas sucesivamente al mundo lunar, donde son lavadas en inmenso lago, al sol, donde el fuego las purifica, luego á los piés de Cristo, donde se sienten confortadas, y por fin al mundo de la luz, donde reposarán por toda la eternidad. Otras más culpables recorren todos los grados de la metempsícosis y pasan sucesivamente á animar cuerpos humanos, brutos, insectos y plantas hasta que la expiacion queda completa. Otras sólo por el fuego del infierno pueden ser purificadas, y devueltas luego á la vida terrena bajo diversas formas, si en ella no se muestran mejores son otra vez arrojadas al infierno hasta la consumacion de los siglos. Las hay, en fin, que sin ser tan obstinadamente reas no han podido hacerse dignas, á pesar de las varias pruebas, del reino de la luz; éstas, así que la tierra sea destruida por el fuego, residirán en una mansion intermedia entre el mundo de la luz y el de las tinieblas con objeto de defender el uno contra las acometidas del otro. En todo esto sólo se trata de las almas, que en cuanto á la carne, obra del mal, maldita cárcel del alma, fué rechazada por Cristo y no resucitará jamas.

Tales eran en somero resúmen la cosmogonía y la teología del maniqueismo, nacidas al calor de distintos principios y sistemas. A su carácter audaz y absoluto debióse el imperio que esta secta llegó á ejercer en muchas inteligencias, y á ello contribuyó igualmente la constitucion de la misma que á una austeridad para muchos atractiva, unía el secreto encanto del deleite oculto.

Los que formaban la porcion austera de la sociedad maniquea llevaban el nombre de *elegidos*. Hombres y mujeres, libres en adelante de los lazos matrimoniales, en caso de haber estado á ellos sujetos, habían de vivir en absoluta continencia, sujetarse á frecuentes y austeros ayunos, y abstenerse de vino, carne, pescado, huevos y leche. No poseían bienes, no ejercían profesion ninguna y ni siquiera habían de cultivar y recoger la fruta y las legumbres que les servían de alimento, pues esa fruta y esas legumbres podían ser residencia de un alma condenada á pasar en ellos la vida, y destruir la mansion terrena de un alma equivalía á cometer un asesinato. Únicamente en la contemplacion habían de ocuparse, y entre ellos se reclutaba el clero maniqueo.

Pero la clase inferior de aquella sociedad, la parte llamada de los *oyentes*, no gozaba de tal preeminencia, ni estaba sujeta á tantas obligaciones. Formábanla discípulos incompletos que, sumidos aún en la vida de las tinieblas y ocupándose en obras viciosas, pero necesarias, no podían ser llamados propiamente hijos de luz. Por esto, á pesar del anatema que pesaba sobre los trabajos que proporcionan al hombre su sustento, cultivaban la tierra, recogían sus frutos y empleábanlos en el mantenimiento de los elegidos y en el suyo propio. Comían tambien carne, si bien no podían por sí mismos inmolar á las víctimas, y les estaba aquello permitido por la razon de que siendo posible que en aquel manjar existiese una partícula de luz, esto es, un alma, quedaba desligada de la materia al impulso de los dientes de un maniqueo, al paso que comida por un infiel se remacharían sus cadenas. Podían ademas ejercer varias profesiones y hasta cargos públicos, estándoles la guerra absolutamente prohibida. Casábanse entre sí; pero como dar orígen á cuerpos humanos, encerrar almas hijas de luz en la cárcel maldita de la carne era de obra de perdicion, de ahí que prevaleciesen las más repugnantes é inmorales consecuencias.

En una palabra, por una de aquellas contradicciones no raras en las sectas, el maniqueo oyente llevaba una existencia de tolerancia á la vez que de humillacion; llenaba un cometido indispensable, y sin embargo, su cumplimiento había de ser expiado en la vida futura. Para las almas bien templadas, la dignidad austera de

los elegidos; para las vulgares, los vergonzosos deleites que se permitían á los meros creyentes. La vida ascética de los unos decoraba, por decirlo así, el vestíbulo de la secta y permitía penetrar en ella sin rubor; pero quien era lo suficiente modesto para quedarse en los puestos inferiores, disfrutaba, aunque desdeñado, de omnímoda libertad en sus apetitos y pasiones.

Esto explica cómo el maniqueismo logró seducir á tan gran número de hombres y cómo se mostró tan obstinado y vivaz. No llegó á dominar en país alguno, pues en todas partes se levantó contra él indignada la conciencia pública: gentiles y cristianos, Romanos y Persas se alzaron varias veces para rechazarlo hasta con la fuerza; pero en todas partes tambien experimentóse su maléfica influencia, y contó con parciales en India, en China, en Egipto, en Africa, en España y en las Galias. En siglo alguno fué el maniqueismo la religion de un pueblo, pero por espacio de más de dos mil años ocupó un lugar, más ó ménos extendido, pero siempre importante, en medio de las naciones todas. Priscilianistas en el siglo VI, Paulicianos en el VII, Cátaros y Albigenses en la Edad media, nacidos unos de otros, pero procedentes todos del árbol plantado por Manes, conservaron, con su dualismo más ó ménos modificado, su odio contra el dogma de la creacion, y como consecuencia su maldicion contra la carne y los desordenados excesos á que semejante maldicion arrastra.

Así, pues, neo-platonismo alejandrino, sistemas gnósticos y secta maniquea, todo tendía con supremo esfuerzo á apagar la divina antorcha encendida en el mundo volviendo á éste á las tinieblas paganas. Por un momento pudieron ojos humanos creer que habían conseguido su propósito cuando, próximo á morir el último de los hijos del gran Constantino, fué proclamado Augusto por las legiones de Lutecia, en las Galias, el único vástago que quedara de la familia imperial, el césar Juliano (año 360).

CAPÍTULO V.

El césar Juliano.—Sus aficiones y prácticas paganas.—Su apostasía.—Restablecimiento del paganismo.—Himno de Juliano al sol.—Renuévase la persecucion contra los cristianos.—Se les prohibe la enseñanza.—Juliano sale á campaña contra los Persas.—Su estancia en el santuario de Pesinonte.—Martirio de san Basilio.—Nuevas vejaciones contra los cristianos.—Juliano proyecta reformar el paganismo.—Frustrada tentativa para reconstruir el templo de Jerusalen —Guerra de Persia.—Muerte de Juliano.—Graciano.—Teodosio el Grande.—Definitivo vencimiento del paganismo.—Edicto de Tesalónica.—Unidad del mundo romano en la fé.—El Panteon ó templo de todos los dioses convertido en templo de todos los santos.—CONCLUSION.

DESDE que el príncipe Juliano, dejando el retiro en que vivía, acudió á Milan por órden de su primo Constancio, quien, hallándose solo para sostener el grave peso del imperio, quiso conferirle la dignidad cesárea (año 355), pudo conocerse cuánto detestaba la gran obra de Constantino entregado como estaba por sus lecturas y sus aficiones á los sistemas, ritos y costumbres paganas. «Vosotros sabeis, escribió algun tiempo despues á los Atenienses, cuántas lágrimas derramé al ser llamado á la corte, y y cómo en vuestra Acrópolis, alzando las manos al cielo, rogué á la diosa Atena que salvara á su servidor. Muchos son los que entre vosotros pueden atestiguarlo y la diosa no lo ignora.»

Y cuando algunos años despues, proclamado Augusto y rebelde á Constancio, disponíase á comenzar contra él las hostilidades, no hubo conjuros ni artificios adivinatorios á que no recurriese para saber el resultado de la lucha: augures, vuelo de las aves, entrañas de las víctimas, curso de los astros, sueños, á cuantas supersticiones fueron por Constantino desterradas de palacio, á todas apelaba y en todas creía. «*A los dioses* confío el cuidado de mi vida,» dijo al ponerse en marcha, despues de interrogar por última vez á Belona, y así que llegado á Naisa recibió el homenaje de Macedonia, Grecia é Italia y pudo creerse dueño del Occidente entero, arrojó por completo la máscara. Dejando á un lado el disimulo á que en ciertas ocasiones había recurrido y presentándose tal cual era, consumó la nefanda apostasía, y en él se personificaron y se elevaron de nuevo al poder aquellas resistencias de la raza pagana que llevamos someramente explicadas. No había sido por siglos y siglos ley de las sociedades y de los individuos, de las inteligencias y de los corazones para que al mirar consumadas con el sacrificio de un dios, restablecidas y triunfantes las tradiciones primitivas del humano linaje dictando á los hombres reglas seguras de vida y señalando el camino en la peregrinacion terrena á pueblos y monarcas, no tratara el paganismo, reconquistado el solio, de empeñar, áun despues de su primera derrota, última y definitiva batalla y de recobrar en la sociedad el terreno perdido.

Corta fué aquélla, pero recia y sostenida como la más terrible de las anteriores.

En las regiones que el nuevo Augusto recorría eran muchos los templos que, cerrados hacía algunos años, se arruinaban á impulso del olvido y la enemiga de las poblaciones; á excitacion de Juliano abrieron de nuevo sus puertas, y dando él mismo el ejemplo, ofreció una hecatombe á los dioses. Cuéntase que la noche anterior á este solemne acto, como para apartarse más y más del Dios de quien renegaba y borrar de su frente el sello del bautismo, sometióse á la sangrienta ceremonia llamada